La Mochila de Naty

Cuento preventivo sobre la *trata* de personas
con fines dé servidumbre *doméstica*



Edad recomendada: 14 a 18 años

LA MOCHILA DE NATY
Narrativa juvenil sobre trata de personas, engaño y abuso de poder en el entorno familiar, y restitución de derechos.

Producido por:
Comisión Interinstitucional contra la Explotación Sexual Comercial y la Trata de Personas de Honduras (CICESCT), con el apoyo técnico de Luis Benjamín Cornejo, Programa de Cooperación Voluntaria de la Oficina Internacional de los Derechos del Niño (IBCR Canadá).

Ilustrado con:
Inteligencia artificial bajo dirección creativa de Luis Benjamín Cornejo.
Nota: Las ilustraciones de este cuento se generaron utilizando inteligencia artificial como herramienta de apoyo, bajo estricta supervisión artística y editorial para garantizar que la representación de los personajes, las emociones y el contexto sociocultural sea respetuosa, adecuada y fiel a la sensibilidad del tema.

Supervisión artística:
Comisión Interinstitucional contra la Explotación Sexual Comercial y la Trata de Personas de Honduras (CICESCT).

Dedicado a:
Las niñas y adolescentes sobrevivientes que, incluso cuando la traición viene de casa, encuentran acompañamiento, protección y caminos para reconstruir su vida; a las abuelas, vecinas y personas adultas que se atreven a escuchar; y a quienes creen que denunciar también es una forma de cuidar.

Propósito:
Prevenir la trata de personas y promover la reflexión sobre las formas de explotación que pueden afectar a niñas, niños y adolescentes, mediante narrativas juveniles cercanas a su realidad.

Orientación de lectura:
Este material está dirigido a adolescentes de 14 a 18 años.
Aborda situaciones sensibles relacionadas con la trata de personas con fines de servidumbre doméstica y otras formas de explotación.
Se recomienda su lectura con acompañamiento adulto, educativo o comunitario.

Símbolos de resiliencia: La mochila como emblema de sueños interrumpidos, memoria y restitución.

Protección y justicia:
La denuncia y el acompañamiento institucional como caminos para recuperar derechos, seguridad y dignidad frente a situaciones de trata y explotación.

Contacto:
denuncias@cicesct.gob.hn
Distribución gratuita con fines educativos, comunitarios y de prevención.

Cita destacada:
"Ningún sueño cabe en una mochila ajena. Cuando alguien te cuida de verdad, no te vende: te protege."

© 2025 Comisión Interinstitucional contra la Explotación Sexual Comercial y la Trata de Personas (CICESCT).

Todos los derechos reservados para fines educativos y de prevención.

La mochila de Naty

Cuento preventivo sobre la trata de personas con fines de servidumbre doméstica.

CICESCT

1. La mochila y la promesa



A las siete y media de la noche, Naty todavía estaba limpiando el mismo piso.

La señora había dicho que era "solo por unas horas". Que antes de que oscureciera estaría de regreso en su casa. Pero el cielo ya estaba negro detrás de las ventanas altas y nadie hablaba de irse.

El balde pesaba. Las manos le ardían. El olor a cloro le raspaba la garganta.

—Apurate —dijo una voz desde la cocina—. Aquí no se viene a descansar.

Naty miró hacia la puerta principal. Estaba cerrada.

Su mochila morada descansaba en una esquina del cuarto de servicio. Parecía más pequeña de lo normal.

Habían pasado cinco horas.

Nadie había venido por ella.

Fue en ese momento cuando entendió que aquello no era un trabajo de unas tardes.

Dos semanas antes, la tía Sofi dormía en el cuarto que antes había sido de Naty.

Había llegado diciendo que sería por poco tiempo. Que necesitaba "organizarse". Que las cosas estaban difíciles. Traía una maleta pequeña y muchas preocupaciones.

A veces ayudaba con la comida. Otras veces hablaba de deudas, de personas que le estaban cobrando, de oportunidades que no se podían dejar pasar.

Vivía allí. Comía allí. Escuchaba todo.

La mochila de Naty era morada. No un morado brillante, sino uno suave, como esos colores que no hacen ruido, pero se quedan en la memoria. Ella la limpiaba con un trapo húmedo como si así pudiera conservar el futuro adentro.

Esa mochila iba a ser para la escuela.

Pero la pobreza entró en la casa sin pedir permiso. Primero faltó el dinero para los útiles. Después para el uniforme. Y al final se decidió que Naty se quedaría en casa cuidando a la abuela Arcadia.

Fue entonces cuando Sofi habló de una solución.

—Es solo un trabajo de limpieza —dijo—. Unas tardes nada más. Y pagan bien.

Lo dijo en la cocina, mientras la abuela Arcadia escuchaba desde la silla.

Naty no sabía entonces que algunas promesas no se hacen para cumplirse.

2. La solución que parecía ayuda



En la casa, las conversaciones sobre dinero ya no se hacían en voz alta.

Se murmuraban en la cocina, cuando Naty estaba en el patio con la abuela Arcadia. O por las noches, cuando creían que ella dormía.

—No alcanza —decía el papá, mirando sus manos llenas de polvo de cemento.

—Este mes tampoco —respondía la mamá, doblando el uniforme de la fábrica.

La abuela escuchaba todo desde su silla. Y Naty también.

Desde que dejó la escuela, Naty trataba de no pedir nada. No hablaba de útiles ni de uniforme. Guardaba el tema como quien guarda una piedra en el bolsillo. Ella sabía que se gastaba mucho en las medicinas de su abuela.

La tía Sofi llevaba ya casi tres meses viviendo con ellas. Había llegado con la excusa de "organizarse", pero las deudas la perseguían como sombra. A veces salía temprano y regresaba

tarde. Otras veces pasaba horas hablando por teléfono en el patio, en voz baja.

—Estoy buscando algo bueno —decía—. Algo que nos saque del apuro a todos.

Una noche, mientras la mamá servía frijoles y tortillas, Sofi habló como si hubiera estado esperando el momento exacto.

—Conozco a una señora que necesita ayuda en su casa —dijo—. Es limpieza, nada complicado. Solo por las tardes.

La mamá levantó la mirada de inmediato.

—¿Para quién? —preguntó.

Sofi no dudó.

—Para la Naty.

El silencio cayó pesado sobre la mesa.

—Ella es una niña —dijo el papá.

—Tiene quince —respondió Sofi—. Y no es para siempre. Solo mientras juntamos para que vuelva a estudiar. Pagan bien. Mucho mejor que cualquier cosa que yo pueda conseguir ahora.

La mamá miró a Naty. Después miró a la abuela.

—Yo no quiero que mi hija trabaje —dijo despacio.

—No es trabajar, es ayudar —corrigió Sofi—. Son unas horas nada más. Y la señora es seria. Vive en buena zona. Yo la llevo y yo la traigo a la Naty.

La abuela Arcadia frunció el ceño.

—¿Y por qué no vas vos? —preguntó.

Sofi sostuvo la mirada solo un segundo.

—Porque a mí ya no me reciben en esas casas —dijo. Quieren gente joven.

El papá apretó la mandíbula.

La mamá miró la mesa.

La necesidad estaba apretando demasiado.

—Solo por las tardes —repitió Sofi—. Para que no pierda el año siguiente.

Naty sintió que todas las miradas estaban sobre ella.

—Si es para volver a estudiar… —murmuró.

Nadie habló durante unos segundos.

Al final, el papá asintió sin levantar la cabeza.

—Pero vos la llevás y la traés —dijo.

—Claro que sí —respondió Sofi.

Esa misma noche, mientras todos dormían, Sofi salió al patio y marcó un número.

—Sí —dijo en voz baja—. Está lista.

Se quedó en silencio unos segundos, escuchando.

—Sí… quince.

Luego colgó.

Dentro de la casa, la mochila morada descansaba junto a la cama de Naty.

Todavía parecía una promesa.

3. No eran unas horas



A las dos en punto, la tía Sofi llegó como había prometido.

Naty ya estaba lista. La mochila morada colgaba de su hombro. La abuela Arcadia la miraba desde la silla del patio, con esa mirada larga que parecía ver más de lo que decía.

—Portate bien —le dijo—. Y regresá temprano.

—Claro que sí —respondió Sofi antes de que Naty pudiera hablar.

Caminaron varias cuadras hasta la parada del bus. Durante el trayecto, Sofi habló poco. Solo repitió que la señora era "seria" y que el trabajo era sencillo.

El barrio fue quedando atrás.

Las casas comenzaron a verse más grandes. Las calles más limpias. Los portones más altos.

—Aquí es —dijo Sofi, después de haberse bajado del bus, frente a un muro blanco que no dejaba ver nada hacia adentro.

Una mujer abrió la puerta sin sonreír.

—Es ella —dijo Sofi.

La mujer la miró de arriba abajo.

—Pasá.

Naty sintió un pequeño tirón en el estómago.

—Yo la recojo a las cinco —dijo Sofi.

La mujer no respondió.

La puerta se cerró.

El sonido de la puerta fue seco y la del cerrojo tétrico.

Dentro de la casa todo era grande: los muebles, las escaleras, el eco de los pasos.

—Dejá la mochila ahí —ordenó la mujer señalando una esquina junto a la lavandería.

—Pero…

—Aquí no se necesita mochila.

Naty la dejó donde le dijeron.

—Empezá por los baños del segundo piso.

No hubo explicación. No hubo instrucciones amables. Solo órdenes.

Las horas comenzaron a estirarse.

Subir escaleras.

Bajar escaleras.

Trapear.

Lavar.

Fregar.

A las cuatro, Naty miró el reloj de la cocina.

A las cinco, también.

A las cinco y diez, nadie llegó.

—La señora dijo que a las cinco… —se atrevió a decir.

La mujer levantó la vista.

—Aquí no se está pendiente del reloj. Se termina lo que se empieza.

El sol comenzó a bajar detrás de las ventanas altas.

A las seis, Naty volvió a preguntar.

—¿Y mi tía?…

—Tu tía ya habló conmigo —respondió la mujer—. Vas a quedarte hasta que terminés todo.

Naty sintió frío en la espalda.

—Pero me dijeron que solo eran unas horas.

La mujer dejó la revista que estaba leyendo sobre la mesa.

—Escuchá bien —dijo—. Si querés ayudar a tu familia, hacé lo que se te dice. Aquí nadie te está obligando. La puerta está ahí.

Naty miró hacia la entrada.

El portón estaba cerrado y el sonido del cerrojo seguía en su memoria.

Su mochila seguía en la esquina.

El reloj marcaba las siete.

Y nadie había venido por ella.

4. La noche que no terminó



A las ocho, la casa seguía iluminada como si el día no hubiera acabado.

Naty había terminado los baños, los pasillos y la cocina. Sus manos estaban arrugadas por el agua. El olor a cloro ya no le molestaba: se le había pegado en la ropa y metido en la piel.

—¿Ya puedo irme? —preguntó en voz baja.

La mujer estaba sentada en el comedor revisando papeles.

—Hoy te vas a quedar.

Naty sintió que el suelo se movía.

—Pero mi casa…

—Tu tía ya sabe.

La frase cayó como una piedra.

—¿Sabe qué?

—Que vas a trabajar aquí unos días. Para que rindás más.

Naty pensó en la abuela Arcadia sentada en el patio. En su mamá llegando de la fábrica. En su papá preguntando la hora.

—No me dijeron eso —murmuró.

La mujer la miró con paciencia fría.

—A veces los adultos no explican todo para que no se asusten.

Naty dio un paso hacia la puerta.

—Necesito llamar.

—No es necesario.

—Pero…

—Aquí no usamos teléfono para esas cosas.

La mujer se levantó y caminó hasta la entrada.

Giró la llave despacio.

El sonido metálico fue más fuerte que cualquier grito.

Esta vez no era duda. Era encierro.

—Vas a dormir en el cuarto de servicio —dijo—. Mañana empezás más temprano.

Naty miró hacia la esquina donde había dejado su mochila. La tomó y la abrazó contra el pecho.

No había sido un error.

No había sido un retraso.

Era otra cosa.

Esa misma noche, en la casa de la abuela Arcadia, la silla del patio quedó vacía más tiempo del acostumbrado.

La mamá llegó primero.

—¿Todavía no vuelve?

Arcadia negó con la cabeza.

El papá miró la calle una y otra vez.

A las nueve, Sofi apareció.

Venía tranquila.

—¿Y la Naty? —preguntó la mamá.

—Se va a quedar unos días allá —respondió Sofi—. La señora le ofreció trabajo interno. Es mejor así. Le van a pagar más y le darán la comida.

El silencio se volvió pesado.

—¿Interno? —repitió el papá.

—Es oportunidad —dijo Sofi—. ¿O no querían dinero para que estudiara?

La abuela Arcadia la miró fijo.

—Eso no fue lo que dijiste.

Sofi evitó la mirada.

—A veces hay que aprovechar cuando se puede.

El papá dio un paso hacia ella.

—¿Y por qué no avisaste?

Sofi suspiró, como si estuviera cansada de explicar.

—Porque si preguntábamos demasiado, no la aceptaban.

La mamá sintió un frío recorrerle la espalda.

—¿La aceptaban… o la necesitaban?

Sofi no respondió.

En la otra casa, Naty se sentó en una cama pequeña, junto a una ventana que no abría.

Abrazó su mochila morada. Recordó a su abuela.

Y entendió que el trabajo no era para juntar dinero.

Era para quedarse.

5. El día que no acababa



El golpe en la puerta la despertó antes de que saliera el sol.

—Arriba.

Naty abrió los ojos sin saber qué hora era. El cuerpo le dolía como si no hubiera descansado nada.

La mujer dejó un papel sobre la mesa del cuarto de servicio.

- Lavar ropa
- Planchar
- Sacudir
- Limpiar ventanas
- Preparar verduras

—Y rápido.

No hubo desayuno. Solo una taza de café tibio.

Las horas dejaron de tener forma.

No había reloj.

No había teléfono.

Solo tareas.

Cuando preguntó si volvería a su casa, la respuesta fue la misma:

—Cuando terminés.

Al mediodía, la mujer dejó un billete sobre la mesa.

—Eso es por hoy. Pero no es para vos.

—¿Para quién? —preguntó Naty.

—Para tu tía.

Ese no era pago para ella. Era dinero por haberla llevado.

Naty bajó la mirada.

Ya no era "unas horas".

En el barrio, la palabra "adelanto" cayó como piedra.

—¿Te pagaron? —preguntó el papá.

Sofi dudó apenas.

—Sí. Es mejor así. Nos conviene a todos.

La abuela Arcadia no parpadeó.

—¿Conviene a quién?

Sofi evitó responder.

Esa tarde salió diciendo que iba "a resolver algo".

El papá la dejó caminar unos metros.

Y la siguió.

Sofi subió al bus que iba hacia la colonia Las Palmas.

El papá regresó corriendo.

—Va en el bus amarillo. El que pasa por la zona alta.

Elba, la vecina de años y que estaba al tanto de lo que le pasaba con Naty, no preguntó nada.

Rápidamente fue hasta el fondo del patio y destapó una lona vieja. Debajo estaba el Volkswagen escarabajo azul de su marido, con la pintura levantada y una llanta más gastada que las otras.

—Tiene días sin moverse —dijo.

Revisó el tanque.

—Casi nada.

Entró a la casa y volvió con un bote pequeño de gasolina.

—Guardé esto por si acaso.

Vertió el combustible despacio.

Se sentó al volante.

Giró la llave.

Nada.

Intentó otra vez.

El motor tosió.

—Vamos, viejo… —murmuró, golpeando el tablero.

Al tercer intento, el escarabajo arrancó con un temblor largo.

No era un lujo.

Era una chatarra.

Pero era suficiente.

Lograron alcanzar al bus y lo siguieron sin acercarse demasiado.

En cada semáforo temían perderlo.

Cuando el bus se detuvo frente a un muro blanco, vieron bajar a Sofi.

La siguieron a distancia.

Sofi tocó un portón alto.

Una mujer abrió.

Sofi entró.

El portón se cerró.

El papá sintió que la sospecha ya tenía dirección.

—Es aquí.

Elba apagó el motor.

—Vamos.

El papá tocó el timbre.

Una vez.

Dos veces.



La mujer abrió apenas.

—Venimos por mi hija.

—Aquí no hay ninguna niña —respondió.

—La vimos entrar —dijo el papá.

Desde el segundo piso, Naty escuchó voces. Se acercó a la terraza y vio el escarabajo azul.

—¡Papá!

El grito rompió el aire.

La mujer giró hacia adentro.

Sofi apareció en el recibidor.

Se quedó quieta cuando vio al papá.

—¿Qué hacés aquí? —preguntó, pero la voz no le salió firme.

—Vengo por mi hija, por Naty.

La mujer miró a Sofi con enojo contenido.

—¿No dijiste que los padres estaban de acuerdo?

Sofi no respondió.

El papá dio un paso adelante.

—Déjenla salir.

—Aquí nadie está obligada —dijo la mujer, intentando cerrar.

El papá puso la mano en el portón.

—¡Naty!

Elba sacó el teléfono.

—Voy a llamar al 911—dijo—. Ahí nos ayudaron la vez pasada con el caso de mi sobrina.

Sofi giró la cabeza.

—No exageren.

Elba marcó.

—Buenas… necesitamos ayuda. Hay una menor de quince años que no dejan salir. Sus padres están aquí y no nos permiten verla.

Escuchó en silencio.

—Sí… estamos frente a la casa.

El portón seguía cerrado.

Pero ahora la historia ya no estaba solo en manos de quienes estaban adentro.

6. La puerta que sí se abrió



No pasó mucho tiempo.

El escarabajo seguía estacionado frente al muro blanco cuando llegaron las primeras personas.

No hubo sirenas ni escándalo.

Solo identificación y preguntas claras.

El portón que antes no se abrió, esta vez cedió.

La mujer intentó explicar que todo era un acuerdo.

Pidieron documentos.

No había autorización firmada.

No había contrato.

No había pago directo para Naty. En cambio, sí había un adelanto entregado a Sofi.

Eso cambió el tono.

Sofi bajó las escaleras sin mirar a nadie.

—Yo solo quería ayudar —murmuró.

La mujer no le respondió.

Naty apareció detrás, con la mochila morada abrazada contra el pecho.

Cuando cruzó el portón, el papá la sostuvo con fuerza.

La mamá lloró en silencio.

Elba se apoyó en el escarabajo como si recién entonces sintiera el peso de la tarde.

Uno de los funcionarios que habían llegado habló con calma:

—La menor será protegida. Y esto será investigado.

No hubo más discusión.

La puerta que parecía cerrada no era la única que existía.

Había otra.

La de la denuncia.

Y esa ya estaba abierta.

Fin

Nota metodológica para docentes y personas facilitadoras

Este cuento está diseñado como un recurso de prevención y sensibilización sobre la trata de personas, particularmente en contextos de servidumbre doméstica y abuso de confianza en el entorno familiar, dirigido a adolescentes de 14 a 18 años.

Contiene situaciones sensibles que pueden generar reacciones emocionales en algunas lectoras y lectores. Se recomienda su lectura en contextos educativos, comunitarios o familiares con acompañamiento adulto, promoviendo espacios seguros de diálogo, escucha y contención emocional.

El objetivo del relato no es describir de manera explícita la violencia, sino visibilizar los mecanismos de captación utilizados en la trata de personas, como el engaño, la retención, el trabajo forzado, la manipulación económica y el abuso de confianza en el entorno familiar. Asimismo, busca resaltar la importancia de la denuncia y del acompañamiento institucional para la protección y restitución de derechos.

Trivia – La mochila de Naty

¡Pon a prueba lo que aprendiste! Encierra en un círculo la respuesta correcta y verifica tus resultados al final.

1. ¿Cuál fue la primera señal de alerta en la oferta que hizo la tía Sofi?

a) Que prometía mucho dinero en poco tiempo y evitaba dar detalles claros.
b) Que el trabajo era lejos del barrio.
c) Que Naty no conocía a la señora.
d) Que Naty llevara mochila.

2. ¿Qué cambió cuando la señora dijo "tu tía sabe"?

a) Que Naty podía regresar cuando quisiera.
b) Que el acuerdo ya no dependía de lo que Naty quisiera.
c) Que el trabajo sería más corto.
d) Que le pagarían más dinero.

3. ¿Por qué el pago entregado a Sofi es una señal de trata?

a) Porque era poco dinero.
b) Porque el pago no era para Naty, sino por haberla llevado a ella.
c) Porque el dinero era en efectivo.
d) Porque la señora era estricta.

4. ¿Qué elemento mostró claramente que Naty no estaba allí por decisión propia?

a) Que no tenía experiencia.
b) Que la casa era grande.
c) Que trabajaba muchas horas.
d) Que la puerta estaba cerrada y no podía salir.

5. ¿Qué rol cumplió Elba en la historia?

a) Fue testigo silenciosa.
b) Ayudó a encubrir la situación.

c) Activó la denuncia llamando al 911 y acompañó a la familia.
d) Discutió con la señora.

6. ¿Qué nos enseña el hecho de que la captación viniera de un familiar?

a) Que la trata también puede iniciar en entornos de confianza.
b) Que la familia siempre protege.
c) Que el peligro solo viene de desconocidos.
d) Que no se debe confiar en nadie.

7. ¿Cuál fue la acción que permitió cambiar la situación?

a) Esperar a que la señora se arrepintiera.
b) Guardar silencio para evitar problemas.
c) Seguir a Sofi y activar la denuncia.
d) Mudarse de barrio.

8. ¿Qué representa la mochila al final del cuento?

a) Que todo volvió a ser igual.
b) Un objeto sin importancia.
c) El castigo para Sofi.
d) La restitución de derechos y la recuperación de su proyecto de vida.

Respuestas correctas: 1-a, 2-b, 3-b, 4-d, 5-c, 6-a, 7-c, 8-d.

Ficha Técnica del Cuento "La Mochila de Naty"

Título del cuento	*La mochila de Naty*
Autor	Comisión Interinstitucional Contra la Explotación Sexual Comercial y la Trata de Personas de Honduras (CICESCT), con el apoyo técnico de Luis Benjamín Cornejo, Programa de Cooperación Voluntaria de la Oficina Internacional de los Derechos del Niño (IBCR Canadá).
Edad recomendada	14 a 18 años (Se sugiere acompañamiento adulto en contextos educativos o comunitarios).
Género	Narrativa juvenil realista / Prevención de la trata de personas y restitución de derechos
Personajes principales	Naty (15 años): Adolescente responsable y sensible que deja la escuela por pobreza y el cuidado de su abuela. Es víctima de trata con fines de servidumbre doméstica, mediante engaño y abuso de confianza en su entorno familiar. A lo largo del relato transita del silencio impuesto al acompañamiento y la restitución de sus derechos. Sofi (tía): Mujer adulta en situación de pobreza extrema y desesperación económica. Utiliza a su sobrina como medio para "salir adelante", representando el abuso de poder y el engaño dentro del entorno familiar como forma de captación. Arcadia (abuela): Mujer con movilidad reducida. Figura de cuidado, memoria y conciencia moral. Su mirada atenta permite identificar que algo no está bien. Elba (vecina): Mujer sobreviviente de violencia en el pasado. Actúa como puente de confianza, escucha y denuncia.
Sinopsis	Naty, una adolescente de 15 años que ha dejado la escuela por falta de recursos, guarda sus sueños en una mochila morada mientras cuida a su abuela Arcadia. Cuando su tía Sofi le ofrece un "trabajo de limpieza" que promete ayudarla a volver a estudiar, Naty acepta sin saber que será víctima de trata con fines de servidumbre doméstica. Tras el engaño, la retención y la traición, la intervención de una vecina y el acompañamiento institucional permiten la denuncia, la protección y la restitución de sus derechos.

Temas de Derechos de la Niñez	• Derecho a la protección contra la trata de personas, el trabajo forzado y la servidumbre doméstica. • Derecho a vivir libre de violencia, engaño y abuso de confianza, incluso dentro del entorno familiar. • Derecho a la libertad personal y a no ser retenida contra su voluntad. • Derecho a la denuncia y al acceso a la justicia. • Derecho a la educación y a la restitución de derechos vulnerados. • Derecho a recibir atención integral y acompañamiento psicosocial.
Delitos abordados	Trata de personas con fines de servidumbre doméstica, mediante captación por engaño y abuso de poder en un contexto de vulnerabilidad, así como retención indebida.
Propósito educativo	Sensibilizar a niñas, niños, adolescentes, familias y comunidades sobre los riesgos de la trata de personas cuando la captación ocurre dentro del entorno familiar o mediante ofertas engañosas de trabajo. Promueve la identificación de señales de alerta, la importancia de la denuncia, y el rol del acompañamiento institucional en la protección, atención y restitución de derechos de las víctimas.
Eje CICESCT relacionado	Prevención de la trata de personas / Atención, Protección y Reparación Integral a víctimas / Persecución del delito
Ubicación cultural	Contexto hondureño contemporáneo. Comunidad urbana-popular con condiciones de pobreza estructural, redes familiares extensas y presencia de acompañamiento comunitario e institucional.
Extensión	Aproximadamente 2,200 palabras
Frase destacada	"Ningún sueño cabe en una mochila ajena. Cuando alguien te cuida de verdad, no te vende: te protege."

Comisión Interinstitucional contra la Explotación Sexual Comercial y la Trata de Personas de Honduras (CICESCT).



Con el apoyo del Programa de Cooperación Voluntaria de la Oficina Internacional de los Derechos del Niño (IBCR).



Financiado por GAC-AMC



Noviembre 2025